

NOTAS BIOLÓGICAS SOBRE EL CORBATITA COMÚN

Por JOSÉ A. PEREYRA

A pesar de ser tan conocido y no obstante su amplia dispersión geográfica (S.E. del Brasil, E. de Bolivia, Paraguay, Uruguay y el norte de la Argentina, hasta Mendoza, La Pampa y Buenos Aires), poco se sabe aún acerca de los hábitos y desarrollo de los pichones del Corbatita común, *Sporophila caerulescens caerulescens* (Vieillot).

El macho, muy cantor, anda junto con su compañera y con sus hijos en los matorrales y quintas, comiendo las semillas de malezas y arbustos y posándose en ramas de árboles, sin demostrar, en ningún caso, una condición arisca.

Su nido es una pequeña taza de tejido transparente, hecho de finas fibras vegetales y algunas cerdas, sin colchón. Lo colocan generalmente a poca altura del suelo, sobre ramas de arbustos o de malezas, como cardos, por ejemplo, y a veces hasta en pequeños árboles de abundantes ramas y hojas, como los citrus, donde quedan semiocultos a dos y tres metros de altura. Ponen desde dos hasta cuatro huevos.

El 17 de febrero de 1946, encontré en Zelaya, provincia de Buenos Aires, un nido de este pájaro sobre una planta de cardo, en un conjunto de dichas plantas y de quinoas, el cual tenía dos huevos algo incubados. El 1º y el 2 de marzo nacieron los pichones, y el día 14 salieron del nido, ya algo voladores. Uno de ellos fue capturado y puesto en una jaula; el otro, que era más volador, desapareció juntamente con la madre, y es probable que ambos fueran cazados por los gatos, pues no se los volvió a ver.

La jaula fue colocada cerca del lugar donde tenían el nido, y durante el día el padre siguió alimentando a su pichón por entre los hilos de alambre de aquella. Lo hacía frecuentemente, trayéndole semillas de cardo y de otros yuyos, que acarreaba desde una o más cuadras de distancia. Muy manso y cantor, se posaba en las ramas aunque uno estuviera cerca de él. Era tal el cariño que le tenía al hijo, que lo alimentaba cada vez que éste se lo pedía, y lo hacía hasta el atardecer, pues más tarde se guardaba la jaula dentro de una habitación. A la mañana siguiente aparecía el padre cantando cerca de la casa, tal vez al oír el pichón que lo reclamaba.

Durante tres días se lo tuvo en esas condiciones, y luego se le colocó una trampa con alpiste, junto a la jaula del pichón. Inmediatamente fué cazado

e intentó escaparse por entre los alambres separados, pero llegué a tiempo para tomarlo desde afuera, cuando ya sacaba medio cuerpo. Llevados a Buenos Aires, se los colocó en una amplia pajarera, donde al principio estuvieron algo inquietos, pero luego se hicieron muy mansos. Como alimentos se les ponía variedades de pequeñas semillas y alpiste, siendo este último lo que más les agradaba; poco caso hicieron, en cambio, de las frutas y hojas que se les ofrecía.

La descripción de esta especie la publiqué anteriormente (Mem. Jard. Zool., La Plata, 9: 270, 1938), pero ahora daré algunos otros datos referentes a su desarrollo y mudas. El padre difería de la coloración que los machos ostentan generalmente cuando están en cría; tenía una coloración más pardusca clara, careciendo del collar pectoral, y sólo tenía en la barba, o sea en la parte superior de la garganta, una mancha gris oscura.

Desde que estuvo en cautividad dejó de cantar, pero siguió criando al pichón hasta que éste empezó a comer solo, el 23 de marzo; no obstante, consintió a veces en alimentarlo, respondiendo a sus solicitudes ocasionales, hasta el 2 de abril. El 23 del mismo mes, el pichón tenía su cola bien desarrollada, del tamaño de la del adulto y su plumaje puede describirse así: partes superiores de un pardo ligeramente oliváceo, con los ápices de las plumas de las cubiertas alares más claras y las remiges y rectrices, un poco más oscuras; por debajo del cuerpo era todo de un blanquecino cremoso sucio; pico y patas, córneos aceitunados.

Se conocía que era un macho pues al mes de nacido ya emitía unos finos cantitos como si fueran hechos por el frotar de un corcho contra una botella, y algo semejantes al del Jilguero (*Sicalis flaveola*).

En mayo hizo su primera muda de plumaje, tomando todo lo inferior del cuerpo un color pardo dorado, más dorado en la garganta y blanquecino en el medio del vientre; cola y alas pardas, con las barbas internas oscuras, lo mismo en las cubiertas mayores, y blanco en el borde del ala; la cabeza y partes superiores del cuerpo, de un pardo dorado oscuro uniforme; patas oscuras, iris negro y pico córneo aceitunado; el tamaño general era ya el del adulto.

Por esta fecha, el padre tenía la siguiente coloración: la barba y una línea en la frente (en la base del pico), oscura; la garganta, pecho y flancos, blanco grisáceo; vientre y subcaudales, blanco puro; cabeza y todo por encima, pardo; alas pardas con las barbas internas de las remiges y cubiertas inferiores, casi negras; cola parda, con la barba interna de las rectrices medianas, negras. A fines de agosto, en una noche, perdió toda la cola e hizo una muda; comienza a colorear de más oscuro el collar pectoral, lo que hace que se noten más blancas, las dos tiras, que a manera de bigotes separan la garganta del cuello, y la otra faja que separa la barbilla del collar pectoral;

el pico toma un color amarillento. A los veinte días tenía su cola nuevamente completa y todo el dorso del cuerpo, una coloración general más pardo agrisada. Aún no cantaba.

El pichón por la misma fecha, presentaba sobre la garganta blanquecina dorada, un comienzo de barbilla oscura, y lo mismo sobre lo superior del pecho pardo dorado oscuro; lo superior del cuerpo algo más oscuro y por debajo de un amarillento casi semejante a un Misto (*Sicalis luteola*). Sigue siendo muy cantor pero a su estilo; recién a mediados de noviembre emitió el canto propio de su especie.

En los primeros días de octubre el padre comenzó a cantar, emitiendo el común canto de ellos, y para esta fecha ya casi tenía la coloración definitiva de los adultos.

De manera que esta especie puede decirse que casi a los dos años toma el color definitivo del adulto; que el pichón al año está en coloración de joven como lo era el padre cuando fué capturado; que los pichones machos desde la edad de un mes comienzan a cantar y lo continúan haciendo durante todo el año, especialmente cuando sienten cualquier ruido o canto que los incite; y por último, que estos jóvenes al año ya se aparean y pueden procrear como lo he comprobado en este caso.

Buenos Aires, diciembre de 1954.